

# Elecciones presidenciales

ELOI LENGRAND

El reflejo normal después de una contienda electoral, si en sus resultados se manifiesta un cambio importante, es atribuirle la causa a un descontento para con el gobierno anterior. Digamos, una especie de movimiento pendular en relación con la situación económica del país: Francia sufría de desempleo, de inflación y de no se qué más; por descontento los franceses confían la dirección de su país a otro equipo. Es una explicación comúnmente leída en la prensa en estos días pero una interpretación algo superficial.

En efecto la regla normal del movimiento pendular es que en un período de crisis económica la genta vota por la derecha para restablecer la confianza entre los inversionistas y asegurar una reanimación de la actividad. Una vez alcanzado un clima económico eufórico y frente a una derecha poco inclinada a beneficiar a las demás capas de la sociedad, la tendencia es votar por la izquierda para permitir una mejor justicia social en la distribución de los recursos, lo que en lenguaje marxista podría traducirse como momento de acumulación acelerada contra momentos menos intensivos para dar más credibilidad a los gobiernos democráticos. Ese efecto pendular ha sido atenuado por la común aplicación de la política keynesiana, adoptada tanto por la izquierda como por la derecha, pero sigue siendo un indicador. Los socialistas ingleses y suecos se mantienen en el poder muy avanzada la década del 70 y los socialistas alemanes acceden al mando una vez realizado el milagro Adenauer. Con la crisis del 70 pierden el poder los socialistas ingleses e inclusive los suecos después de casi medio siglo de gobierno. Se salva el Canciller Schmidt por aplicar una política que no desmentiría ningún gobierno derechista.

Ahora bien ¿qué pasa con Francia? Los socialistas pierden el poder en 1958 con la caída de Mollet (Mitterrand ocupaba el puesto de "Garde des sceaux" Ministro de Justicia). ¿Crisis económica? De ninguna manera; la economía estaba en pleno auge en toda Europa y Francia compartía esta misma tónica. No se trataba de crisis económica, sino de crisis de régimen: los gobiernos cambiaban con los meses y con las caprichosas alian-

zas de los múltiples partidos políticos. La crisis de régimen se agravaba por la guerra de Argelia: los ministros socialistas se revelaban tan apegados a la fórmula "Argelia francesa" como cualquier gobierno de derecha. Hacía falta el poder carismático del General De Gaulle para sacar a los franceses del avispero argelino y hacerles cambiar de república (de la Cuarta a la Quinta república) y de orientación política; la izquierda va a estar descartada del poder por casi un cuarto de siglo.

Es este el nivel, si queremos seguir juzgando en términos de movimiento pendular, en el que hemos de situarnos y no el mero nivel de malestar económico. A una crisis de régimen responde otra crisis de régimen; a un reforzamiento del poder centralizador responde la reacción inversa; a la derecha sucede la izquierda. Veámos esto más en detalle.

## DE UN SUEÑO DE DE GAULLE...

La Cuarta República había dejado el recuerdo de una inestabilidad tremenda con la multiplicación de sus gobiernos. Al someter a los franceses en Octubre de 1962 el proyecto de la elección del Presidente de la República por sufragio universal directo, el General De Gaulle había querido exorcizar definitivamente toda interferencia de los partidos políticos en la elección y en el ejercicio de las funciones del Jefe de Estado. Pero desde la primera vuelta de las elecciones organizadas según el nuevo sistema en 1965, se había notado que no era de tan fácil realización, la solución adoptada. El fundador de la Quinta República declaraba: "había propuesto al país hacer la constitución de 1958 con la intención de poner un término al régimen de los partidos (...) en ese espíritu ha sido hecha la Constitución y en ese espíritu la propuse y el pueblo la aprobó. Si a pesar de ese espíritu los partidos se apoderan de las instituciones, de la República, del Estado, entonces ¡ya nada vale! Se han hecho confesionarios para procurar rechazar el demonio. Pero si el demonio está en el confesionario, entonces todo cambia. En efecto lo que se estaba intentando es por medio del sufragio universal, poner al Estado a la disposición de los partidos!".

Y sin embargo hubo un momento

en que los partidos se encontraron fuera del juego. En las elecciones de 1965 y 1969 (en consecuencia con la renuncia precipitada de De Gaulle) las candidaturas emergieron al margen de los partidos. La candidatura de Mitterrand en 1965 contra De Gaulle partió de una iniciativa personal, descartando a Defferre que había intentado imponerse por la vía de los partidos de izquierda. Debido a esa infeliz experiencia el mismo Defferre en 1969 se autotituló candidato y recibió posteriormente el apoyo del Partido Socialista. En la derecha el mismo proceso le permitió a Pompidou imponer su candidatura; luego solamente los grupos parlamentarios gaullistas (URD) y republicanos independientes le manifestaron su apoyo.

## ...A LA REVANCHA DE LOS PARTIDOS

En la elección de 1974, los partidos habían recuperado toda su audiencia en la designación del candidato. Y curiosamente fueron dos hombres que habían construido su aparato para surgir en partidos políticos los que salieron victoriosos en la primera vuelta.

Del lado izquierdo, el proceso fue claro: Desde su fracaso frente a De Gaulle en 1965 Mitterrand formó la federación de la izquierda democrática y socialista (FGDS). Con el aporte de esa federación, Mitterrand llegó a imponerse en el Congreso de Epinay (1971) a la cabeza de una nueva formación que, alrededor de la moribunda SFIO, constituyó el Partido Socialista. Muy pronto se logró la Unión de las Izquierdas, capaz de proyectar un candidato común, el mismo Mitterrand. Pero esta vez no fue por su iniciativa personal sino el fruto de largas transacciones entre el Partido Comunista, el Partido Socialista y los radicales de izquierda; pues, como el mismo decía tenía un solo deseo: "Responder a la llamada de los partidos de izquierda".

Valéry Giscard d'Estaing adoptó la misma línea que Mitterrand en el otro campo: casi el mismo año fundó la federación nacional de los republicanos (1966). Desde esa posición se opuso a De Gaulle en el referendium de 1969 que llevó a la dimisión del General.

Tanto Mitterrand como Giscard ha-

bían resucitado un partido: en la derecha, una primera reestructuración de los republicanos independientes divididos anteriormente con la introducción del hecho gaullista, y una adición de otros grupos políticos para formar la Unión para la Democracia Francesa (UDF). En la izquierda, algo más espectacular todavía, de un partido reducido a un puntaje bajísimo (5 por ciento), Francois Mitterrand logra organizar el primer partido de Francia en importancia numérica.

1981 ha sido la confirmación de la recuperación de los partidos en la designación de los candidatos. Si la homogeneidad del Partido Comunista y la fuerte personalidad del candidato-Presidente en el seno de la U.D.F. no se ha prestado a ningún juego, lo contrario ha ocurrido con el Partido Socialista y con el R.P.R. (Partido Gaullista).

Los partidos han retomado su importancia en la designación del candidato, y el cuerpo electoral ha confirmado ese fenómeno al agrupar casi 90 por ciento de los votos de la primera vuelta a favor de los candidatos de los cuatro partidos. Fontaine, analizando los resultados electorales, escribe: "Sí todavía tenemos las instituciones de la Quinta República, lo menos que se puede decir es que algo del espíritu de la Cuarta tiene posibilidad de resurgir. La vida política conocerá así una animación nueva: no está demostrado que sea el mejor medio para enfrentar los desafíos que nos acosan" (Le Mond Select. Hebd. 30 de abril - 6 de Mayo de 1981).

Hemos visto la revancha de los partidos como el primer aspecto del movimiento pendular, y cómo hubiese podido ser diferente. Apartando la personalidad carismática del "más ilustre de los franceses" ¿qué autoridad misteriosa hubiese podido en época posterior otorgar la investidura a los candidatos a la presidencia de la República, si no los mismos partidos? Mal podría otra organización desempeñar ese papel entre gobernante-gobernados en un estado sumamente centralizado.

### DE UN PODER SUPER CENTRALIZADO...

Es esa centralización del poder la que veo como otra característica de la Quinta República a través del reforzamiento del poder del Presidente de la República.

La preocupación de la centralización no tiene nada de excepcional en la tradición francesa. Se inscribe en la pura línea de la República unitaria de los jacobinos, reforzada por una concepción

de la representación integral de la sociedad a través de los organismos estatales, sin dejar ningún espacio a otro tipo de representación. La constitución nueva se inserta, pues, en esa línea, con el agravante de que, frente a lo que parecía debilitamiento del poder bajo la Cuarta República, se vuelve, en reacción, centralización eficaz.

El poder central no descuida el apoyo del Parlamento. Duverger, en su clasificación, ha puesto el régimen político francés entre los regímenes semi-presidenciales. Esos regímenes se reconocen por dos rasgos: la elección del Presidente de la República por sufragio universal y la responsabilidad política del gobierno ante el Parlamento. Sobre la base de esa constatación, Duverger demuestra que el poder presidencial varía según la coyuntura parlamentaria. Cuanto más coincide la mayoría parlamentaria con la opción presidencial, tanto más los poderes del Jefe del Estado se encuentran reforzados. Al contrario, si el Presidente es tributario de un gobierno sumiso a las exigencias de una mayoría hostil, podría encontrarse privado de influencia pero no es el caso en Francia.

Al lado del poder presidencial, fundado sobre la correlación positiva de fuerzas con el Parlamento, hay una segunda fuente no despreciable de prerrogativas que le son atribuidas por la Constitución. El Presidente es el árbitro encargado de asegurar el funcionamiento normal de los poderes públicos y la continuidad del Estado. Ubicado por encima de los partidos, elige discrecionalmente al primer ministro y a los ministros que proceden de él. Y gracias a la técnica del parlamentarismo, estos ministros pueden compensar su no pertenencia a la mayoría de la mayoría (como en los casos de los gobiernos Barre) hasta que dicha mayoría no se atreva a utilizar la censura.

Y aunque no pudiese seguir "controlando" el parlamento, el Jefe del Estado no se queda desprovisto de recursos.

Un primer recurso de uso constante es el aparato administrativo: Una verdadera simbiosis se ha establecido entre los altos funcionarios y el Presidente. Modelos de deontología de la función pública, los "Grands Serviteurs de l'Etat" se abstuvieron en tiempos de De Gaulle de hacer carrera política. Las cosas cambiaron con Pompidou, hostil a la fórmula de Ministros tecnócratas y los egresados de la Escuela Nacional de Administración empezaron a buscar curules en el parlamento. Así la Quinta Repúbli-

ca ha visto progresivamente constituirse una verdadera red de apoyo al poder presidencial, reclutada en el seno de la alta función pública.

El segundo recurso no presenta esa continuidad, pero, sin lugar a dudas, puede tener más eficacia en la resistencia frente a los partidos. Es la posibilidad de recurrir al procedimiento del referendium. Fue la solución utilizada por De Gaulle, primero, para romper la oposición Argelia-Francesa; luego, para vencer la antigua clase política que quería imponerse de nuevo (Referendum de Octubre de 1962); fue también una consulta no satisfactoria de un De Gaulle que se abría a la participación, que lo llevó a la dimisión (abril de 1969). Desde aquel tiempo sólo una vez Pompidou utilizó la consulta referendaria. Pero nada prohíbe que mañana, frente a un parlamento hostil a pesar de nuevas elecciones, Mitterrand utilice ese recurso para llevar a cabo sus reformas: una especie de cuestión de confianza popular por encima de la cuestión de confianza parlamentaria.

### ...A UNA TENDENCIA A LA DESCENTRALIZACION DEL PODER

La constitución de 1958 marca pues una fuerte centralización y vería yo, más bien esta vez en plan de hipótesis, a 1981 como una reactivación descentralizante. En plan de hipótesis, puesto que si la revancha de los partidos es un hecho del pasado, nada todavía se ha dado por supuesto, en plan de descentralización. Puede parecer curioso hablar de descentralización cuando la elección presidencial llama la atención sobre el centro del poder. Pero tenemos indicios que no engañan.

Podríamos citar como ejemplo el voto de los ecologistas: sin querer encajarse en una opción política, los movimientos ecologistas han votado por Mitterrand por encontrar en el campo socialista más audiencia a sus planteamientos; así la aceptación de una consulta popular sobre la prosecución de creación de centrales nucleares tal como lo consideraban decidido ya los tecnócratas de Giscard. Pero más sintomática de esas tendencias a la descentralización, es la existencia en el seno de la vasta familia socialista de fuertes corrientes favorables a la autogestión; la experiencia Lip ha sido una experiencia de inspiración socialista.

Otro ejemplo que deja augurar una búsqueda hacia la descentralización y al mismo tiempo la despartidización de la vida social, es el largo debate que ha

opuesto, después del fracaso de la Unión de las Izquierdas, a socialistas y comunistas por las opciones de las dos grandes sindicales: CFDT y CGT. Hasta 1978 la CFDT se había puesto de acuerdo con la CGT para someter todas las reivindicaciones obreras al éxito electoral de la Unión de las izquierdas. Desde aquel entonces, bajo el lema de "Recentraje", la CFDT fundó su política sobre la idea de que los actores del cambio profundo de la sociedad son las fuerzas sociales y no las fuerzas políticas. Con el tiempo las diferencias se acentuaron. El mitin de reinicio de actividades de septiembre de 1980 de la CFDT fue la oportunidad de situarse frente a la CGT. Una posición que en el principio había sido percibida como una política realista y pragmática de conseguir ventajas aun pequeñas, mientras las condiciones no se prestaban a un cambio radical, se vuelve el único medio de acción donde las fuerzas sociales son motor y piloto; ese medio y sólo ese medio ha de llevar al cambio social que es la condición del socialismo autogestionario. No se ha negado el papel del estado, del gobierno, de los partidos; pero "dar la confianza a un partido guía para tomar el estado y cambiar la sociedad, concebir la acción sindical como una ayuda al partido en su tarea" se sabe, por experiencia y por análisis, que lleva a una situación donde la sociedad es aplastada por el Estado. En una palabra se trata de una "resindicalización" del movimiento sindical, redefiniendo la relación sindicato-partido, en contradicción con la estrategia de la CGT.

Por supuesto se me podría objetar que el gobierno que ha de formar Mitterrand encontrará su base en cierta alianza en la izquierda y que esa contradicción entre las fuerzas sindicales se encontrará repetida en el mismo gobierno. De hecho pienso, por una parte que la entrada de los ministros comunistas sea de poca duración; el traslado masivo de los votos comunistas hace difícil poner cualquier traba a la unión, mejor dicho a la aspiración unitaria. Pero es poco probable que perdure la presencia de comunistas en el seno del gobierno. Mitterrand puede limitarse a gobernar con socialistas: Giscard ha podido dirigir largo tiempo el país (de 1976 a 1981) con una unión de partidos que no tenía la mayoría en el seno de la mayoría.

Por otra parte la política que va a llevar a cabo Mitterrand en su cambio de sociedad quedará a los ojos de los comunistas —al menos que estos cambien de sistema de referencia, lo que sería la



negación de su especificidad— como una política reformista. En una sociedad capitalista procediendo a su revolución por el cambio social los comunistas tienen una vocación "tribunicia" (tal como el Tribuno Romano siempre en la oposición, defensor del pueblo) capaces de rectificar una marcha caprichosa que descuidaría los intereses de la clase obrera. Vaillant Couturier, el negar su participación en el gobierno del Frente Popular en 1936, decía preferir reservarse "El ministerio de las masas". En fin es interés del mismo Partido Comunista abstenerse: al hacer un examen crítico de los períodos de la unión de las izquierdas y de la participación en el poder, se da cuenta que fueron períodos de retroceso (ver A. Spire, L'Humanité 18-11-80). La situación es particularmente peligrosa en una época en que el Partido Socialista, por su fuerza, puede imponer más fácilmente su línea de conducta. Como había dicho G. Marchais, para que el apoyo a Mitterrand no fuese un peligro hacía falta que los partidarios del P.C. se afirmaran por su número y por su fuerza en la primera vuelta (Le Monde Select. Hebdo. 19-25-3-81), lo no ocurrió.

#### HACIA UNA NUEVA SOCIEDAD

La evocación de esa relación me parece reveladora de lo que me gustaría hacer percibir al hablar de una descentralización. En el Estado centralizado que conocemos, los partidos tienden a ser los intermediarios obligados entre sociedad civil y Estado; la manera eficaz de hacerse oír por cualquier movimiento es la vía de los partidos. Con el

Estado descentralizado las diversas organizaciones sociales adquieren su peso específico. La vida social encontrando múltiples medios de expresión, redescubre toda su densidad a costa de un centro que pierde el monopolio de la decisión. Al lado de los partidos políticos entran en competencia, con sus propios valores, las demás organizaciones. El segundo efecto del movimiento pendular, descentralización, sería el límite del primer efecto, revancha de los partidos.

En mi opinión la Francia de 1981 toma ese rumbo en su búsqueda de una nueva sociedad. Más que un voto de descontento, el elector francés expresa un voto de generosidad, un voto positivo. No niego que es difícil evaluar la intención de un elector, no niego que la campaña electoral del último momento ha sido por parte del candidato socialista de "rameuter" (aglutinar) a los descontentos hasta el punto que un periodista ha escrito: "Orientar una campaña sobre un movimiento de descontento no prepara en las mejores condiciones la dinámica que Mitterrand llama con sus votos (Le Monde select. Hebdo. 19-25/3/81) Pero si comparamos las elecciones parlamentarias de 1978 que han expresado por parte de los franceses una preocupación de seguridad, 1981, a pesar de los avisos insistentes que les venían del candidato saliente, es una opción arriesgada, una opción generosa.

Al votar generoso los franceses van creando un espacio de más libertad en el campo capitalista, así como la evolución de la situación polaca parece abrir otro espacio de más libertad en el campo soviético. El voto del elector francés, así como la actuación del sindicalista polaco es una victoria sobre el miedo a lo que podría ocurrir. Los contextos son distintos; pero de todos modos en los dos casos, frente a un estado fuerte, centralizado, que se debilita por necesidad —caso Polaco— por decisión consciente —caso de la Francia Socialista— la sociedad retoma vigor. Más aún, entre los dos países puede establecerse una relación que amplíe el horizonte auténticamente democrático: relaciones intelectuales, sindicales, inclusive relaciones económicas que no ayuden a los estados a mejor dominar a su sociedad, que no busquen ante todo, como era el caso de la Francia de Giscard, los favores del Kremlin. Así, animada por esos dos polos de esperanza, Francia y Polonia, la vieja Europa podría de nuevo volverse guía y apoyo, y hasta foco de contagio para que nuestras sociedades se vuelvan menos asfiantes.